

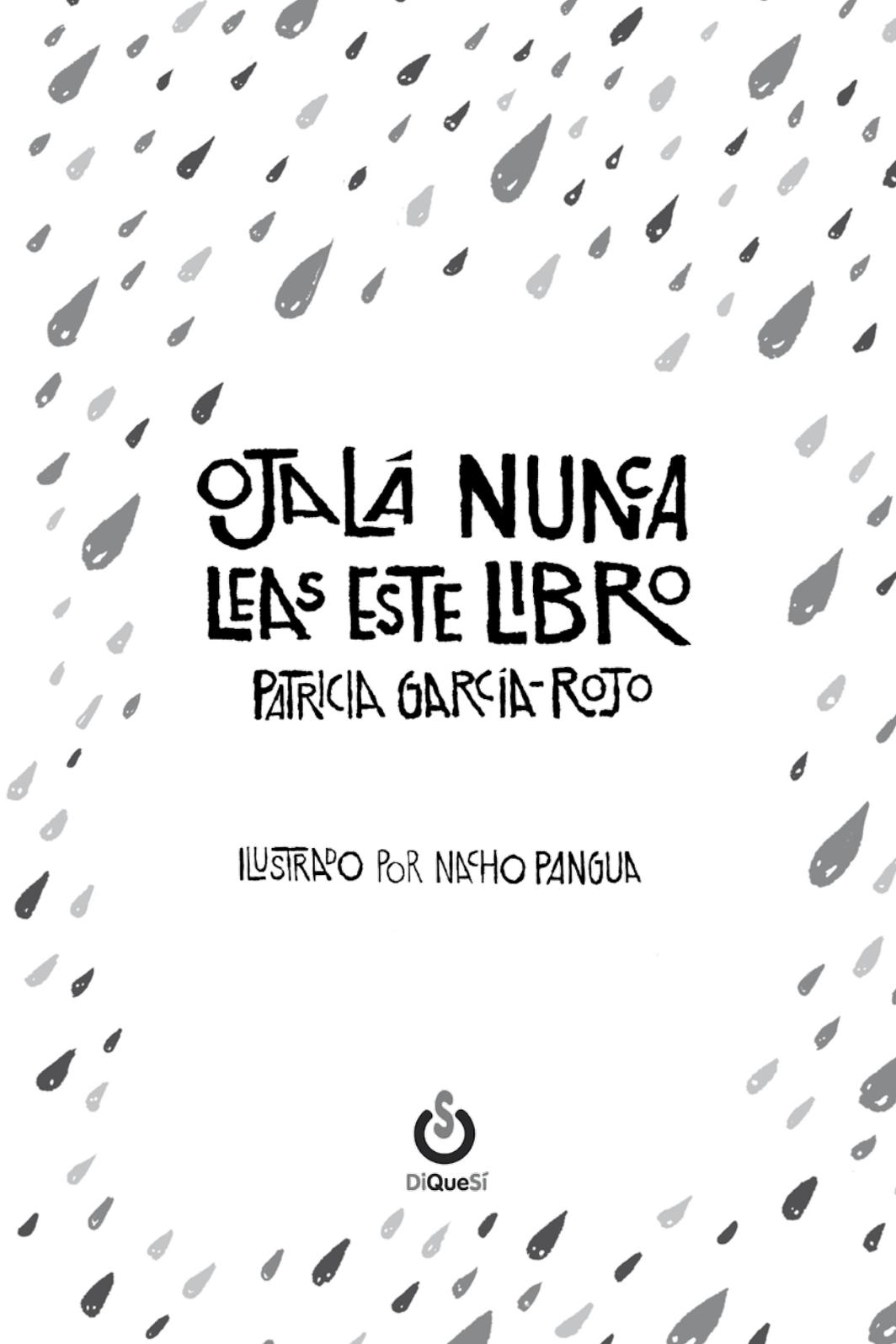




OJALÁ NUNCA
LEAS ESTE LIBRO

PATRICIA GARCÍA-ROJO





OJALÁ NUNCA
LEAS ESTE LIBRO

PATRICIA GARCÍA-ROJO

ILUSTRADO POR NASHO PANGUA



DiQueSí

Para Leo, que nos enseñó a desear.



© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Patricia García-Rojo 2023,
en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© de las ilustraciones: Nacho Pangua

Dirección editorial y edición: María J. Gómez

Diseño y edición: Estelle Talavera

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-125013-4-6

Depósito Legal: M-3290-2023

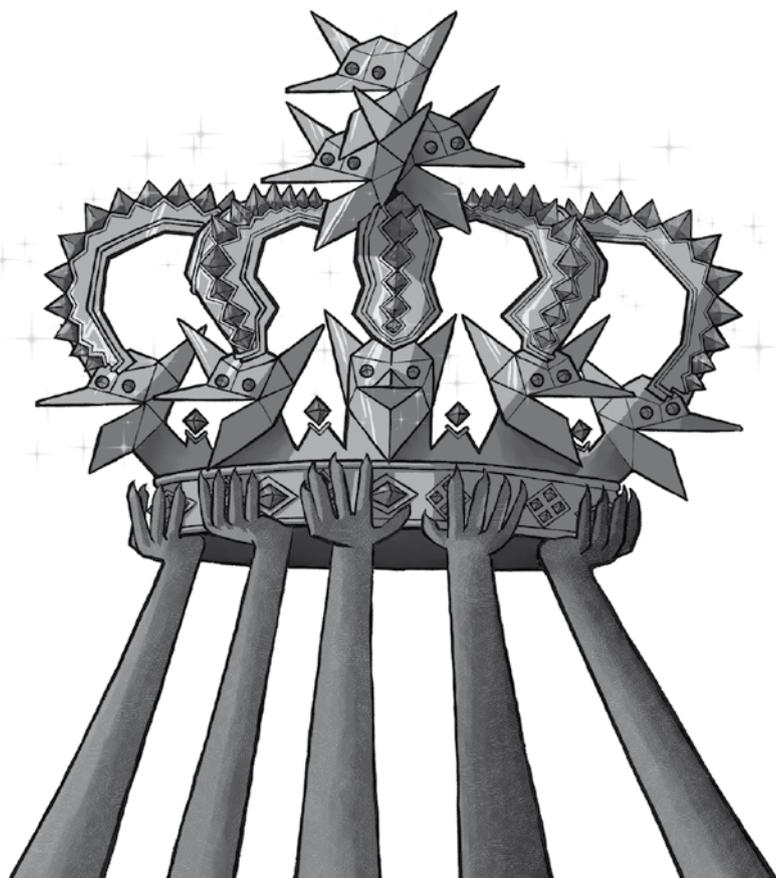
© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2023

Impreso en España por Estilo Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

OJALÁ NUNCA
LEAS ESTE LIBRO





UNO

Y O NO SABÍA que existían los duendes, pero Ana tenía pelo de tormenta y afirmaba que era su reina. La reina de los duendes, quiero decir.

Me puso las cosas un poco difíciles, porque... vale, podía fingir por un momento que creía en la existencia de los duendes, pero aceptar que esa niña de vestido verde y pecas era su reina, me parecía casi imposible. Por eso la miré como si me estuviese hablando en chino, y también con una pizquita de decepción.

Cuando mi madre prometió que mis días en Liérganes no serían aburridos porque estaría acompañado de una niña de mi edad, me imaginé que sería una niña como las de mi clase, de las que me miran como si fuese un alienígena y no me hacen ningún caso.

Después me explicó que esa niña era la nieta de Nuna, la señora que vivía en casa del abuelo y que se encargaba absolutamente de todo, como si fuese un capitán de barco. Entonces me la había imaginado como una niña regordeta, como su abuela, con un vestido de flores y un lazo en la cintura. Pero no, Ana no tenía flores. Ni lazos.

—Soy la reina de los duendes —dijo, mirándome como si aquello fuese algún tipo de prueba.

Mis padres me habían enviado con el abuelo Justo a pasar las primeras semanas

de las vacaciones. Ellos iban a hacer un viaje romántico a Inglaterra para celebrar su aniversario mientras yo sentía que la humedad de la casona de Liérganes hacía crecer moho entre los dedos de mis pies.

La casa del abuelo tenía más años que el abuelo. Según una piedra esculpida que había sobre la puerta, la construyeron en 1756, y eso era más de dos siglos de existencia. Entrar por la puerta era como viajar al pasado.

Mis padres contemplaban la torre de Londres y yo contemplaba a Ana en una casa de otro siglo sin saber muy bien qué pensar.

—Soy la reina de los duendes —repitió, alzando la barbilla con orgullo—. O lo voy a ser, ya verás.

No sabía si reírme, tomándolo todo como una broma, o aconsejarle a Nuna que llevase a su nieta al balneario a que le diesen algunas friegas para quitarle esas ideas

fantásticas de la cabeza. Todavía era muy pronto para decidirme por la mejor opción.

* * *

Ana y yo estábamos sentados en la escalera de servicio, frente a la puerta del jardín trasero, viendo llover sobre las matas de hortensias.

En la casa del abuelo había tantos pasillos que en el pasado algunos los había utilizado solo la familia y otros solo los criados que trabajaban para mis tataratarabuelos. Era como un laberinto perfecto para esconderse.

El abuelo me había recibido hacía una hora, dedicándome cinco minutos de su tiempo y recordándome la importancia de acudir bien vestido y puntual a todas las comidas. Era como si el mundo moderno de trasatlánticos, aviones y teléfonos no se hubiese atrevido a llamar a la puerta del abue-

lo Justo. Observarlo vestido con su traje de chaqueta oscuro, sentado en su enorme escritorio de madera labrada, era como mirar a los ojos al pasado, como si la casa y él hubiesen hecho una promesa de permanecer en otro tiempo. Su despacho estaba repleto de libros polvorientos y en la chimenea siempre lucía un fuego crepitante que despedía sombras extrañas sobre los sillones.

¿Me gustaba el abuelo Justo? Mirando la cortina de lluvia que Ana y yo teníamos delante, pensé que debía de ser difícil ser alegre y cariñoso con ese clima. El padre de mamá era un hombre serio y delgado, de pelo blanco y cejas pobladas. Pero, sobre todo, era un hombre terriblemente ocupado. Si no hubiese sido por la cálida presencia de Nuna, habría montado una pataleta hasta que mis padres me hubiesen permitido viajar con ellos a Londres.

Ana no se parecía en nada a su abuela. Tenía la cara pálida y angulosa. Su pelo rojo y rizado distaba mucho del limpio moño de Nuna. Y sus modales también. Era como si de verdad fuese la reina de algo... quizá no de los duendes, pero sí de algún bosque como el de las historias de Robin Hood. Había una luz salvaje en ella.

—Ojalá nunca deje de llover —comentó levantándose y alargando la mano para tocar la lluvia—. Me encanta la humedad, me encanta estar encerrada en casa —dijo sin atisbo de ironía en su voz.

—Pues a mí me parece un aburrimiento —me quejé, estirándome en las escaleras—. Ojalá deje de llover.

Ana se giró y me miró como si hubiese dicho una estupidez. Me sorprendió, porque la que no dejaba de decir estupideces desde que nos habían presentado era ella.

Nuna tenía mil tareas que despachar en la enorme casona, llevaba trabajando para el abuelo desde que yo tenía memoria. De hecho, tenía más recuerdos dulces con ella que con mi abuelo. Nuna había sido como la abuela a la que nunca había conocido y me encantaba que viviese allí, era como una luz brillante en medio de esa casa oscura. Pero siempre estaba ocupada y el abuelo no iba a perder ni un minuto de su tiempo entreteniéndome, así que me habían empujado hacia Ana, como quien cierra un armario con prisa para no ver el desorden que hay dentro.

Lucía, una mujer del pueblo que venía a encargarse de las comidas, tampoco nos había hecho mucho caso, y Roque, un muchacho de unos 20 años que trabajaba para el abuelo manteniendo la finca, había desaparecido después de recogerme del tren y dejar las maletas en mi cuarto.

Los adultos no nos hacían ni caso y eso significaba que disfrutábamos de una ración doble de libertad.

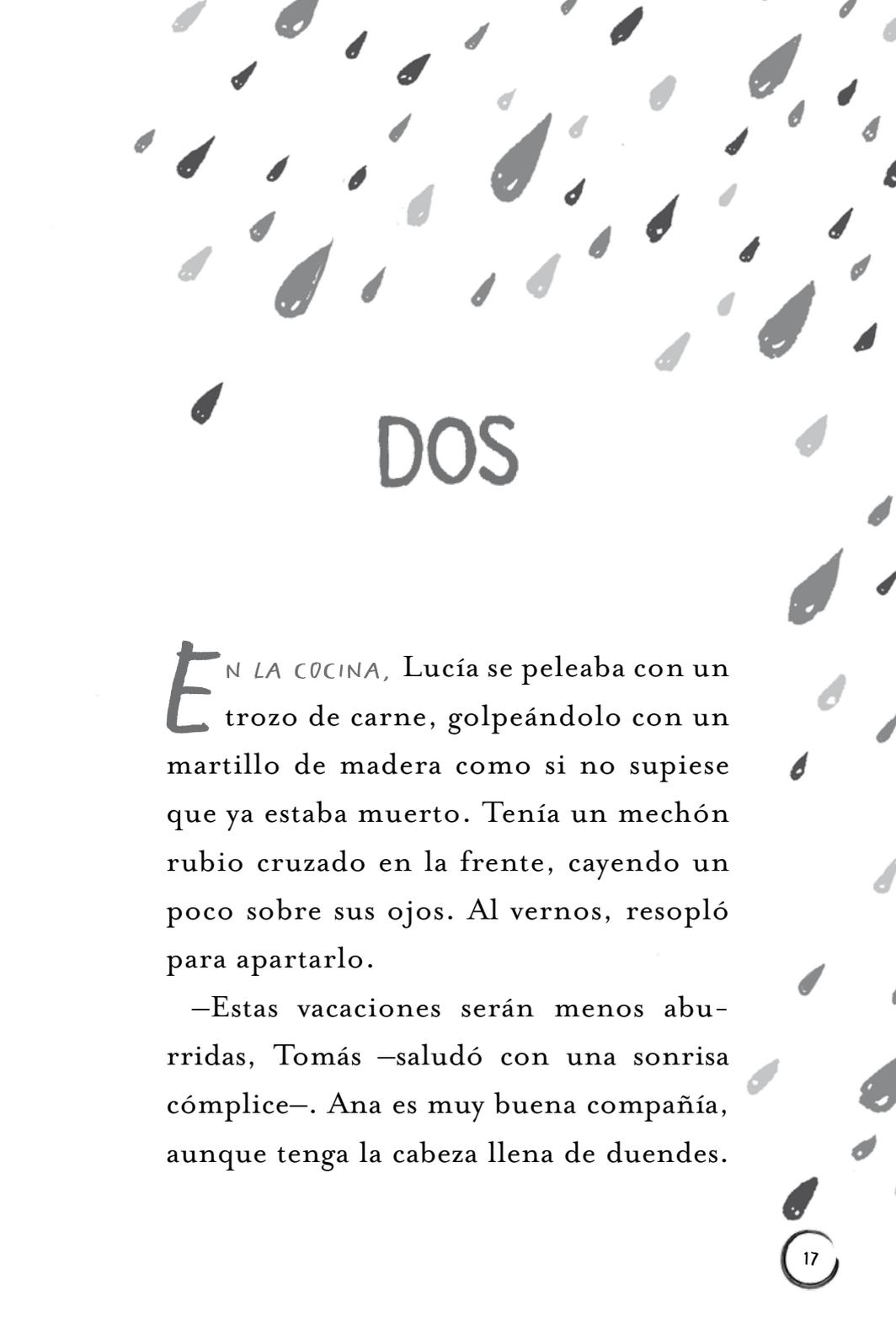
—Vamos —dijo Ana de pronto, tendiéndome una mano para ayudarme a levantarme—. Seguro que no hay nada interesante que ver en el pueblo. Será aburridísimo.

—¿Qué?

—Que te levantes, Tomás —insistió estirando sus dedos hacia mí—. Vamos a dar un paseo.

—¡Pero está diluviando! —me quejé, aunque me levanté de las escaleras y comencé a seguirla por los pasillos lúgubres de la casa.

—¡Y eso es maravilloso! Ojalá llueva durante toda la semana —repitió en voz bien alta mientras su pelo centelleaba en la oscuridad gris y yo volvía a pensar que estaba un poco loca.



DOS

EN LA COCINA, Lucía se peleaba con un trozo de carne, golpeándolo con un martillo de madera como si no supiese que ya estaba muerto. Tenía un mechón rubio cruzado en la frente, cayendo un poco sobre sus ojos. Al vernos, resopló para apartarlo.

—Estas vacaciones serán menos aburridas, Tomás —saludó con una sonrisa cómplice—. Ana es muy buena compañía, aunque tenga la cabeza llena de duendes.

Al parecer, no era el único que había reparado en que la nieta de Nuna tenía cierta obsesión.

—Vamos al pueblo —anunció mi compañera, moviendo la cabeza con arrogancia—. ¿Quieres que te traigamos algo?

—¡Ah! Pues sí. Pasad por la tienda de Antonio y pedidle un litro de orujo —respondió Lucía mientras se apartaba el pelo de la frente con el brazo—. Luego se lo paga Roque. Y que os lo dé del bueno, que viene a comer don Salvador.

No pude evitar que una sonrisa se extendiese por mi cara. Don Salvador era una de mis personas preferidas en mis visitas a casa del abuelo. Si no hubiese sido por él, muchas de mis vacaciones se habrían convertido en una tortura. Don Salvador conocía al abuelo desde que era pequeño, se habían criado juntos y todavía mantenían su amistad. Siempre me traía libros para

leer, libros llenos de aventuras y corsarios, o vaqueros del lejano Oeste, o magos poderosos que luchaban con dragones.

—¡Pasmarote! —me llamó Ana desde la puerta de la cocina, ganándose una regañina de Lucía, a la que no hizo ningún caso.

Me encogí de hombros y volví a seguirla.

—Ponte la chaqueta y coge un paraguas, no va a dejar de llover —me dijo, colocándose un gorro ridículamente grande en la cabeza. Parecía una seta.

La casona del abuelo distaba un kilómetro y medio del pueblo. El camino discurría en paralelo al río, entre altos árboles que daban una sombra muy agradable cuando lucía el sol. Ahora, bajo la lluvia, parecían unos pobres gigantes empapados.

—¡Me encanta pasear bajo la lluvia! —repetía Ana cada dos por tres—. ¡Ojalá nunca deje de llover!

Y canturreaba, saltando y bailando para evitar los charcos. No me podía creer que le gustase pasear en un día así. A mí ya se me habían empapado los calcetines. Aquel paseo había sido un error; si hubiese deseado mojarme de arriba abajo me habría metido en la ducha vestido y no habría tenido tanto éxito. El *plafplaf* de mis zapatillas comenzaba a enfadarme. Además, Ana se empeñó en dar un rodeo para que atravesásemos el puente romano. Eso hacía que nuestro paseo durase mucho más y que mis pies se escurriesen por las piedras mojadas.

—¡Ana, yo creo que es mejor que...! —comencé a quejarme algo enfadado.

Pero ella saltó hacia mí y me tapó la boca con una mano, con sus ojos verdes muy abiertos, como si se hubiese vuelto definitivamente loca. Casi nos caemos al suelo rodando por el puente, pero logramos mantener el equilibrio.



Se quedó unos segundos en silencio, mirándome como si fuésemos los únicos testigos del fin del mundo.

—¿Crees que es mejor que alarguemos el paseo para disfrutar más de esta magnífica lluvia primaveral? —dijo lentamente, como si le estuviese hablando a un niño de 2 años.

Había algo en sus cejas arqueadas y en su mirada penetrante, algo hipnótico que me hizo asentir confundido. Por supuesto, sí, lo que ella quisiera...

De pronto, para mi sorpresa, el alegre sonido del río bajo el puente inundó mis oídos con su canto y un pájaro trinoó sobre nuestras cabezas. Ana retiró sus manos de mi boca para ayudarme a bajar el paraguas. Con el ruido de la lluvia había sido incapaz de oír el resto de sonidos de la naturaleza.

—Vaya... —dijo con una sonrisa cómplice, llena de triunfo—. Desgraciadamente, ha

dejado de llover. Ya no podré disfrutar de este paseo... —Y me guiñó un ojo.

Levanté mi cara al cielo. No podía creerlo: había dejado de llover y un claro azul se abría paso entre las nubes. ¿Cómo era posible? Hacía unos segundos el cielo se estaba cayendo sobre nosotros y ahora la luz nos inundaba. Miré a mi alrededor, contemplando cómo las hojas de los árboles centelleaban brillantes bajo los rayos valientes del sol y las flores amarillas que trepaban por el puente bailaban arrastradas por la brisa.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunté sin dar crédito, con la boca abierta.

—Duendes... —escuché susurrar a Ana entre dientes mientras un viento travieso empujaba las nubes lejos de Liérganes a toda velocidad.